

Apologética

A PROPOSITO DE LA BEATIFICACION DE LOS MARTIRES DE LOS BOXER

El 17 de Abril se cumplirá el año de la solemne beatificación de cincuenta y seis mártires asesinados por los Boxer el año 1900. Fueron varios miles, pero el Papa quiso espigar este ramillete de flores sangrantes, para adornar la Iglesia ante el mundo católico y no católico, con esa joya que ella sólo puede ofrecer a Dios.

La Iglesia ha lanzado una nueva edición de su cédula de identidad. Jesucristo en su vida se proclamaba legado divino y para sellar infaliblemente su declaración curaba sordos, ciegos, paralíticos y resucitaba muertos. La Iglesia repite continuamente que es embajadora de Dios y presenta sus credenciales: los milagros morales que encarna, entre los que figura esta lista agotadora de mártires, incompleta mientras dure el mundo.

Hay quienes quieren ver en este hecho un caso meramente natural. Toda religión, idea, partido, en revolución, en pugna con el ambiente, ha tenido miembros vilmente asesinados por defender su causa.

Comparemos los hechos. Como fundamento por un lado las relaciones de los martirios verificados por los Boxer, publicadas por las revistas misionales (1), por otro las memorias noveladas de Jan Valtin "La Noche quedó atrás". Veremos palpablemente que se mueven en dos planos distintos, que tratar de explicar los mártires de la Iglesia a base de mártires comunistas, es tratar de explicar una sinfonía de Beethoven con ecuaciones algebraicas.

Vayan unos retazos del trozo en que Jan Valtin cuenta el suplicio a que le sometió la Gestapo: (2)

"Yo estaba desnudo. Me agarraron y me pusieron sobre la mesa con la

cara hacia abajo. Sacaron más esposas de sus bolsillos y con ellas ciñeron mis muñecas a las patas de la mesa. Con pedazos de cuero aseguraron mis tobillos a las otras patas. Después pusieron una toalla mojada sobre mis espaldas.

—Dános los nombres y direcciones de cinco de tus cómplices, demandó uno de los agentes.

No contesté.

—Sólo cinco nombres y cinco direcciones median entre tí y el infierno —continuó— piénsalo. Te doy diez minutos para que medites.

—Niégate a pensarlo, me dije a mí mismo. Niégate a pensar. Mata a todos tus malditos nervios y no pienses.

El hombre joven y alto de cabello color de arena, dió una señal. Mientras mi cabeza colgaba por un extremo fuera de la mesa vi cómo el guardia especial levantaba un látigo muy arriba de su cabeza. Oí saltar el látigo en el aire y cerré mis ojos.

La explosión de dolor me hizo gemir y sacudirme hacia arriba.

—¡Acaba de una vez! gruñó el camisa parda.

—Uno, —contó el hombre del cabello arenoso—.

Abrí los ojos y apreté mi cabeza hacia abajo. Por entre las patas de la mesa vi las piernas con las botas negras del guardia especial bien abiertas y afirmadas sobre el piso manchado de sangre. El látigo silbó en el aire y cayó después sobre mí. Cada nuevo golpe, el mundo se iba borrando de mí. Los golpes no llegaban seguidos, con el objeto de que fuéase más prolongado el tormento. Mis sentidos se arrastraban de vuelta a su lugar para despertar justamente cuando ya el próximo golpe caía desde lo alto del cielo raso. La ferocidad premeditada de semejante flajelación me llenó primero de una furia mortal e impotente y después de una desesperación que me hizo gritar.

.....

Hertha Jens se levantó de la mesa, se puso contra la pared bostezando y echando el humo de su cigarrillo contra el cielo raso. Presente yo allí, mucho más parecido en este instante a una bestia torturada que a un ser humano, un pensamiento se arrastró a través de mi cerebro sugiriéndome cuan agradable sería quemar provocando grandes heridas, a la carne insolente de Hertha y verla retorcerse en una agonía bárbara.

Estaba afiebrado. La figura rechon-

(1) Catolicismo.

(2) La Noche quedó atrás. Cap. XXXIII.

cha de Krauss y la voluptuosa de la traidora sumieron contornos de irreal monstruosidad. En la pared el retrato de Hitler parecía estallar en una jubilosa carcajada. Nada había ya en mí a qué aferrarme, excepto mi odio. Un odio que llenaba mis venas, los pulmones y la cabeza; un odio más fuerte aún que la incondicional adhesión a la causa: De noche en los cuarteles de la Gestapo, la fuerza de un hombre depende únicamente del grado de odio mortal que es capaz de acumular en sí”.

Juan U-Wen-Yin, catequista de Tong-Keu, lucha en forma muy distinta.

“Aquella misma noche le sometieron a tormento. Le golpearon con latiguillos de juncos que a los pocos golpes se le hundían en la piel. Le introdujeron en las uñas unas puntas de caña afiladas como cuchillas. Juan rezaba en voz alta. Rugía más bien su oración entre espasmos de dolor. Rezaba el Padre Nuestro, el Ave María, el Credo... Otros momentos callaba, recordaba el suplicio de Pedro y pedía en su corazón:

—Yo también, Señor. Yo también como Pedro.

—¿Qué estás murmurando? Le dijo

—Rezo. Rezaré mientras me quede vida. Cuando ya no pueda hablar el movimiento de mis labios os dirá que estoy rezando al Señor.

Su agonía terminó al día siguiente 8 de Julio”.

Tanto en el caso comunista como en el cristiano se trata: de hombres en pleno juicio y responsables de sus actos. Que sufren, porque quieren, por su causa. Que no han buscado su tormento, pero que lo sufren voluntariamente al encontrarse ante el dilema de sufrir o traicionar. Que anteponen la gloria de su causa a la propia.

La agonía del cristiano, es por lo menos tan desgarradora como la del comunista. La narración es más descolorida: blanco y negro y technicolor. Pero, el cristiano además del tormento de los azotes sufre las cañas afiladas como cuchillas, que le introducen entre la carne y las uñas.

“Nada había a qué aferrarme, excepto mi odio; un odio más fuerte aun que la incondicional adhesión a la causa: De noche en los cuarteles de la Gestapo, la fuerza de un hombre depende únicamente del grado de odio mortal que es capaz de acumular en sí”.

“Rezo. Rezaré mientras me quede vida. Cuando ya no pueda hablar, el movimiento de mis labios os dirá que

estoy rezando al Señor”.

Sabe a qué aferrarse y no odia.

El antagonismo es claro. El comunista razona bien. En los cuarteles de la Gestapo y en todo lugar en que atormentan a un hombre, si es que tiene sólo los recursos que le presta su naturaleza, nada tiene a qué aferrarse excepto su odio. Por eso la Iglesia, cuando percibe que un hombre atormentado hasta la agonía injustamente, sabe a qué aferrarse sin odiar, opina razonablemente que algo más que las fuerzas naturales están sosteniendo a ese hombre en su sufrimiento.

El suplicio de Valtin está sumergido en la desesperación.

“La ferocidad premeditada de semejante flajelación me llenó de una furia mortal e impotente y después de una desesperación que me hizo gritar”. “Estaba loco de dolor. Me abalancé contra la pared”.

Es un abismo negro.

En las narraciones de las revistas misioneras fulgura la esperanza:

“Pedro Wang-Tsuo-Lung... Lo habían atado por la coleta a un palo y así lo tuvieron suspendido durante horas hasta que se le fue arancando el cuero cabelludo y acabó por caer al suelo cegado de sangre.

—Quiero ir al cielo. —Suspiraba medio desfallecido.

—Anda, vete —le decían los verdugos, rebanándole los miembros a sablazos. Así pesarás menos y subirás mejor”.

La esperanza en el cielo... Es como en el arco voltaico, la luz más viva salta entre carbones negros.

¿Pueden explicarse efectos tan dispares con causas idénticas?

Valtin exalta la lucha de Karl Burmeister que prefiere suicidarse. El mismo Valtin consiguió disfrazarse ante la Gestapo como traidor al Comunismo para realizar su fuga. Si Juan U-Wen-Yin o Pedro Wang-Tsuo-Lung hubiesen incurrido en estas posturas serían traidores a su fe. Pero no serían mártires. Les hubiera sido más fácil sortear el suplicio que a los dos comunistas. No les era preciso traicionar camaradas; les bastaba mentir que no querían seguir siendo católicos. No iban a quedar aplastados bajo el odio del Partido; la Iglesia volvería a acariciarlos en su regazo, perdonándoles su pecado. No habían de amontonar la rabia de sus verdugos sobre sus familiares y amigos, conseguirían desviarles el puño amenazador de los Boxer. En tales circunstancias Valtin y Burmeister hubiesen desviado el tormento.

Para el comunista la mentira es laudable si beneficia al Partido.

Proyecta también el novelista la valiente figura de Edgar Andree: riendo un chiste minutos antes de la decapitación; caminando con ojos serenos y paso firme al cadalso; gritando ¡Muerte a Hitler! y ¡Larga vida a la revolución del proletariado! segundos antes que la cuchilla cruzase su garganta.

Su versión es una puñalada al comunismo. Los labios de Andree lanzan esta bomba:

“Ninguno de los muchachos va a suponer que en realidad no soy más que un comediante cansado de fingir lealtad a una causa en la que he dejado de creer”.

En esta hipótesis está de sobra hablar de martirio. En la que defiende a Andree como comunista de Ley hasta el fin, chocamos con su grito de odio a Hitler imposible de un mártir cristiano.

Admirando extraordinariamente las gestas heroicas de estos comunistas, no podemos menos de resaltar las diferencias. Quienes quieren equiparar a éstos con los mártires cristianos, no se dan cuenta de que en el molde cristiano hay una marca de fábrica infalsificable. Tienen de ser suplicios en los que bulle la firmeza, sí; pero en los que brilla la paciencia ajena a la desesperación y al odio.

El amor al enemigo es distinción del cristiano. También el gentil ama a los amigos. Pero Jesucristo quería algo que destacara a sus seguidores del resto de los hombres.

Es la señal sobrenatural que levanta por encima de todos los Everest terrestres el martirio de María Goretti, que perdonaba al asesino que la apuñalaba. Es la señal sobrenatural que arrancó al Buen Ladrón la súplica: “Acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino” porque por estar cosido a la cruz, podía diagnosticar mejor que nadie que era “naturalmente” imposible, que aquel hombre que tenía a su lado lejos de maldecir desesperado, perdonase a sus verdugos.

Puede pues la Iglesia argüir sin réplica razonable: que es divina porque produce mártires. Al comunismo como a cualquier otro partido o religión, que no sea la cristiana, le será imposible verificar el argumento de la misma manera que es imposible que un árbol produzca calabres. La Iglesia puede condecorarse con aquél milagro, porque tiene sus raíces en Dios y éste puede conseguir, que los hombres, que

agonizando en un martirio injusto, están naturalmente inclinados al odio y a la desesperación, perdonen a los verdugos; lo mismo que puede hacer que el germen de estos pájaros, que dispuso que se encerrase en sus huevos, avance por la savia de un árbol y se desarrolle en una flor.

Prosigamos la comparación con otros martirios de los boxer.

“El día 22 de Julio varios soldados boxer conducen una cuerda de cristianos a las afueras de Tai-Ming. Es un pequeño grupo condenado a muerte la víspera. Uno de los presos. Lucía Wang de treinta y un años lleva consigo a sus dos hijos, Margarita y Andrés. Margarita tiene cuatro años y va en brazos de su madre, mirando con ojos cándidos el armamento un poco estrafalario del soldado que camina a su vera. Andrés tiene ya nueve años y da la mano a Lucía. Arde el sol de Julio y el camino es polvoriento. Llevan ya media hora de camino. Andrés se queja.

—¡Madre! Tengo sed.

—¡Calla! Hijo mío! Pronto beberás. Pronto beberemos todos el agua del Señor. Verás que fuentes frescas, hijo.

Siguen andando. El camino es largo, el niño no siente aún cansancio porque es menudo y ágil y está acostumbrado a saltar y a correr con sus compañeros por las anchas eras cuando salen de la escuela. Pero el polvo se pega cada vez más a la garganta. Entre el rumor de las Ave-Marías que van rezando los presos en voz alta se oye de nuevo su vozcita.

—¡Madre! Tengo sed.

El soldado que camina junto a esta criatura tiene un movimiento de piedad. Saca de su mochila un pequeño melón blanco, lo parte en dos y tiende la mitad al niño.

—¿Por qué no nos quedamos a este rapaz con nosotros? les grita a sus compañeros. Al fin y al cabo estas criaturas no tienen la culpa.

La cuerda de los presos se ha detenido mientras el niño sumerge su boca ávida en la dorada y jugosa pulpa. Pero Lucía grita como una leona por sus cachorros.

—Soy cristiana y son cristianos mis hijos. ¡Matádmelos primero y luego a mí!

Entonces sucede una cosa admirable. El pequeño Andrés mira a su madre, arroja el melón al borde del camino y se hinca de rodillas doblando el cuello ante el soldado.

Allí mismo rodaron por el polvo las cabezas de los dos cristianos Andrés y

Margarita y la de su madre Lucía Wang-Sceu de treinta y un años de edad”.

Ana Wang. Sólo tiene catorce años. Le han cogido con otros 11 cristianos de Wei-Tsun y se la han llevado a Tai-Ming. Allí los han encerrado a todos en una casa vacía. Ya saben lo que les espera si apostatan. Por la noche han venido a decirles que para salvar la vida no tienen más que pasar a una habitación contigua, donde está preparado el altar del Pusah con unos braseros de incienso. Esto es la apostasía, lo saben todos. La pequeña, la dulce y tímida Ana se ha transformado. Se le han endurecido las facciones. Sus ojos centellean. Algunas vacilaban, entre ellas su madrastra. Pero Ana se ha colocado junto a la puerta y tiende las manos.

—¡No seáis cobardes! Por amor de Jesús! Es un momento, sólo un momento y luego para siempre con El.

La mayor parte retrocede a su rincón y se cogen de las manos para defenderse mejor contra el desfallecimiento. Entonces Ana se pone a cantar himnos eucarísticos y todas las demás le siguen.

Se las llevaron de madrugada a la fosa que tenían cavada a las afueras de Tai-Ming. Fueron cantando. Las hicieron bajar a la zanja cuadrada. Ana suplicó a los verdugos:

—Dejadme morir de cara allá. Señalaba con su linda manecita hacia la colina de Wei-Tsun, donde estaba la iglesia y dentro de la iglesia, Jesús.

Se hincó de rodillas como si estuviera ante el Sagrario. Tenía las mejillas arboladas. Las puertas del cielo están abiertas”.

Podrían reeditarse las diferencias. Y son tres niños de 4, 9 y 14 años y una madre.

La huella sobrenatural es evidente: Un niño que se queja infantilmente de sed y que sin transición ofrece virilmente su cuello a la espada. Una madre que prefiere a sus hijos muertos que paganos. Una niña de catorce que presta energía de héroes a diez personas y sufre la muerte con la grandeza y serenidad del mar en calma. Voluntariedad de coeficiente tan destacado, que un gesto, una señal, dos pasos hubieran sobrado para huir del suplicio. Ausencia total de desesperación y odio. Esperanza que ve las puertas del cielo abiertas. Ningún resquebrajamiento, ningún insulto tan fácil de escurrir por una boca que aguanta tal injusticia. Cantos piadosos que hablan

de Dios, de amor y de perdón hasta en la fosa que les va a sepultar.

La comparación no es ya entre hombres fuertes. Es de mujeres, de niños a hombres convertidos en mitos. El trabajo no es tan brutal, pero que presenten: niños y mujeres no católicos que hayan sufrido así una muerte que podían escapar; hombres que no hayan vomitado su odio al doblarse con muerte tan injusta. Esto sin escarbar en la Historia, que nos descubriría muchos cadáveres de talla reducida, mártires auténticos, con huellas de suplicios tan bestiales como los que Valtin nos cuenta tan vividamente. Las viudas hindús que sufrían vivas la cremación con sus maridos muertos, sabían bien que si huían serían arrastradas y encadenadas a la hoguera. No eran víctimas voluntarias. En cambio es ingente la lista de niños y mujeres que han sufrido tormentos increíbles, que podían evitar con un gesto.

Bastan a los creyentes los argumentos hilados para descubrir la roca granítica, la fortaleza infinita de Dios sobre la que descansa la Iglesia.

Pero, ordinariamente, para que todos, aun los que no creen, puedan palpar esa divina base, en lugar de presentar la anatomía de cada bloque, se prefiere mostrar la pirámide de héroes gigantes a la vez que grandioso arco de triunfo argamasado con sangre: los millones de mártires. Los de antaño: del coliseo, de los circos, de los bárbaros, de las mezquitas; los de ayer: de los Boxer, de las pagodas, de la persecución de Méjico, de la guerra de España; los de hoy: tras el telón de acero y de bambú.

—Y son millones...

Brillan en todas las clases sociales. Son de cualquier edad y sexo.

Brotan en toda época... especialmente en la invernal.

Y también a los dos mil años de fundada la Iglesia.

Cuando una entidad a los dos mil años, demuestra que no se ha cansado de ofrecer mártires de esta talla a Dios, podemos estar seguros de que cuelga del cielo.

Sangre de mártires, semilla de cristianos. A veces preguntamos por qué permite Dios estas persecuciones. Una razón modesta e incompleta: para que podamos trazar este argumento, que la evocación de los mártires de los Boxer nos ha permitido diseñar.

PIO ZAVALA, S. J.